

para mí. Corriéronse los cerrojos, con una cautela que indicaba el temor de ser oído, y penetramos en un reducido cuerpo de guardia, vestibulo de la cárcel (1) de Glasgow.

Una estrecha escalera conducía al piso superior, y dos ó tres puertas provistas de rejillas, de cerrojos y de barras de hierro, daban ingreso á los departamentos de la planta baja. Las paredes tenían, por únicos adornos muy propios de semejante lugar, cadenas y aparatos extraños reservados para usos más inhumanos; partesanas (2), mosquetes y pistolas antiguas, junto con otras armas ofensivas y defensivas.

Viéndome metido, por manera tan repentina é inesperada, á guisa de fraude, digámoslo así, en una de las fortalezas públicas de Escocia, hube de recordar mi aventura del Northumberland. ¿Por qué ironía de la suerte una sucesión de extraños acontecimientos amenazaba, sin falta mía, con exponerme aún á peligrosa oposición con las leyes de un país á que había pasado en calidad de extranjero?

(1) Tolbooth.

(2) Especie de alabardas.



## CAPÍTULO XXII.

Mira á tu alrededor, joven Astolfo: hé aqui el lugar donde, cuando son pobres, se envia á los hombres á morir de inanición: ¡cruel remedio, á fe mia, para una triste enfermedad!

LA CÁRCEL.— *Tragedia.*

**T**RASPUESTO el dintel de la puerta, apresuréme á dirigir la mirada hacia mi acompañante, mas la lámpara del vestibulo daba luz escasa para permitir á mi curiosidad el distinguir, con perfección, la fisonomía de aquél. En cuanto el portero tomó la lámpara en su mano, la claridad iluminó de lleno su figura, que me pareció también digna de atención.

Era una especie de animal silvestre, cubierta la cabeza grande por un verdadero bosque de cabellos rojos, que ocultaban buena parte de su faz. Alegría extravagante se habia apoderado de él á la vista de mi compañero. Nada, que recuerde, he hallado jamás, que ofreciere tan por completo la imagen de un repugnante y feroz salvaje adorando el ídolo de su tribu. Ges-

ticulaba, estaba trémulo, reía, mostrábase á punto de llorar, si es que no lloraba del todo. «¿A dónde debo ir? ¿Para qué sirvo?» Hé aquí lo que expresaba su fisonomía: obediencia pasiva, ciega sumisión, entusiasmo apasionado, sentimientos imposibles de describir de otra manera que por el esbozo informe que acabo de trazar. El éxtasis en que estaba sumido parecía haber ahogado su voz, y sólo tenía fuerza para soltar interjecciones como «¡Oh, oh! ¡Si, si!... Tiempo hacía que *ella* no os había visto!» — con otras exclamaciones no menos breves, pronunciadas en aquella lengua desconocida, de la que había percibido yo las primeras palabras junto á la puerta.

Mi guía acogió tales demostraciones de júbilo casi á modo de príncipe, mohino con los homenajes de sus cortesanos, para interesarse en ellos, pero que se digna contestar con alguna demostración de benevolencia. Ofreció benignamente la mano al portero, exclamando:

—¿Cómo vamos, Dougal?

—¡Oh, oh! — prorrumpió el otro, que ahogaba á medias su acento de sorpresa, lanzando en torno de sí miradas de zozobra. — ¡Vos aquí!... ¿Sois vos de veras?... ¡Oh! ¿Qué va á suceder si los bayles vienen á practicar la ronda, esos sucios y condenados que para nada sirven?

Mi guía puso uno de sus dedos en los labios.

—No temas, Dougal, — dijo; — tus manos no harán correr jamás un cerrojo que me aprisione.

—No, jamás... *ella* debiera... *ella* quisiera... es decir, *ella* prefiere que se las cercenen hasta el codo... Mas ¿cuándo regresáis allá? No olvidéis de advertírselo... *ella* es vuestro pobre primo, sábelo Dios, aunque sólo en sétimo grado.

—Te prevendré, Dougal, en cuanto haya ultimado mi plan.

—Y, á fe *suya*, que se rematará pronto, y, aunque sea en domingo después de media noche, *ella* echará las llaves á la cabeza del preboste ó les dará otra vuelta antes de la mañana del lunes... Ya veréis si *ella* tiene miedo ó no! (F).

El misterioso forastero contuvo el entusiasmo de su pariente suplicándole, sin duda, en el idioma particular que más tarde

supe era el ersa ó el gaélico, el servicio que de él se prometía.

—¡Con todo su corazón, con toda su alma! — respondió el portero, quien murmuró, entre dientes, largo número de palabras confusas para expresar su obediencia.

Despabiló la mortecina lámpara y me indicó que le siguiera.

—¿No os venis con nosotros? — dije volviéndome hacia mi guía.

—Fuera inútil; mi presencia pudiera estorbaros, y vale más que permanezca aquí para asegurar la retirada.

—Supongo que no corro peligro alguno.

—Ninguno que duplicado no comparta yo con vos.

Dió la antecedente respuesta con un acento de franqueza de que era imposible desconfiar.

Seguí al sub-carcelero, quien, sin cerrar con llave la puerta de comunicación, guióme por una escalera de caracol, *molinete*, según la nombran los escoceses. En mitad de un estrecho corredor, abrió una de las puertas que conducían al mismo, hizome entrar en un pequeño aposento y, fijando los ojos en una asendereada cama que ocupaba uno de los ángulos:

—*Ella* duerme — dijo en voz baja, colocando la lámpara sobre una mesa de pino.

—¡*Ella*! — pensé yo. — Diana estará en este miserable lugar.

Miré hácia el lado del lecho y, con singular mezcla de placer y de decepción, reconocí lo infundado de mis sospechas. Vi una cabeza, ni joven ni hermosa, con barba gris, crecida de algunos días, abrigada con un gorro de lana encarnada: espectáculo que me tranquilizó respecto á miss Vernon. No bien el durmiente sacudió su pesado sueño, bostezando y frotándose los ojos, mostróme las facciones, muy distintas en verdad, de mi pobre amigo Owen. Pensando, en seguida, que era yo un intruso en aquella triste mansión y que la menor alarma podía traer funestas consecuencias, me retiré un poco á la sombra á fin de dar á Owen tiempo bastante para volver en sí.

En sus angustias, el desventurado formalista, incorporándose

con el auxilio de una mano sobre su cama y rascándose la cabeza con la otra, exclamó en un tono cuya acritud (la mayor que era capaz de demostrar,) luchaba contra las ganas de dormir:



— Sabed una cosa, señor Trouval, Touval ó lo que sea: si mi descanso ha de ser interrumpido de esta manera, va á resultar, en total, que voy á quejarme al lord-corregidor.

— Hay un caballero que desea hablaros; — replicó Dougal sustituyendo las formas groseras y ásperas de un verdadero alcaide por los trasportes de alegría montañesa que había demostrado á mi acompañante.

Y, girando sobre los tacones, salió del aposento.

Trascurrieron algunos instantes antes de que el paciente estuviese bastante desvelado para reconocerme; consiguiólo, al fin, y entonces el digno varón experimentó extremo dolor á la idea, bastante natural ciertamente, de que estaba condenado yo á compartir su cautiverio.

— ¡ Oh, señor Franck! — exclamó, — ¡ cuánto daño habéis ocasionado á vos y á la casa! No hablo de mí, que, por de-

cirlo así, no soy más que un cero, pero vos, suma de las esperanzas de vuestro padre, su gran total... vos, que hubierais podido ser el primer jefe de la primera casa de la primera de las ciudades de Inglaterra, ¡ veros encerrado en un calabozo escocés, donde ni siquiera es posible cepillarse la ropa! Así diciendo, sacudía el polvo, con mortificada dignidad, de los varios componentes de su vestido color de nuez, limpio, algún día, como una perla, y á la sazón manchado por aquél. La costumbre de ponerse de veinticinco alfileres le hacía aún más desgraciado en el mal acondicionado encierro.

— ¡ El cielo nos asista! — prosiguió. — ¡ Qué noticia para la Bolsa! No habrá habido otra semejante desde la batalla de Almansa, en que las pérdidas totales de los ingleses se elevaron á cinco mil hombres, entre muertos y heridos, sin contar con los ausentes. Y ¿ qué es ello comparado con la noticia de que Osbaldistone y Tresham han hecho suspensión de pagos?

Interrumpí sus quejas notificándole que no estaba preso. En cuanto á explicarle mi presencia en aquel lugar y á tal hora, era cosa difícil; por lo cual parecióme más socorrido poner término á sus preguntas dirigiéndoselas, á mi vez, respecto á la situación en que le encontraba. Satisfizome á la postre, pero sin mucha precisión y coherencia, puesto que, si tenía Owen buen golpe de vista en materia de negocios, en lo demás era un niño. Paso á resumir, en las siguientes páginas, los datos que me proporcionó.

Por efecto de compromisos de que he hablado ya, sostenía mi padre gran comercio con Escocia, el cual había exigido excoger en Glasgow entre dos corresponsales, Nicolás Jarvie, y los Mac-Vittie Mac-Fin y compañía.

Esta última casa habíase mostrado siempre la más obligada y más tratable de las dos. Significando extrema deferencia á las órdenes de la poderosa casa de Londres, contentábase, en cada negocio, con desempeñar, sin quejarse, el papel del chacal, que, en la caza del león, sólo aspira á la parte que buenamente se le adjudica. Por insignificante que fuera su beneficio, « bastaba á su gusto, » según escribían dichos corresponsales; fuese

el que fuese su trabajo, « no lo conceptuaban excesivo, » decían, « para merecer la estima y la protección de sus respetables amigos de la capital. » Los deseos de mi padre eran para los Mac-Vittie y Mac-Fin tan sagrados como las leyes de los medas y de los persas: cambiarlos ó corregirlos en lo más mínimo, y hasta discutirlos, hubiera sido un sacrilegio. Ni siquiera la meticulosa exactitud de Owen, gran partidario de la forma, sobre todo cuando la imponía *ex cathedra*, dejaba de parecerles casi sacrosanta.

Owen tomaba como moneda corriente aquellas demostraciones de simpatía y de respeto; pero mi padre, acostumbrado á leer de más cerca en el corazón humano, sea porque tal exceso de celo le pareciera sospechoso, sea porque, amigo de la concisión y de la simplicidad en los negocios, se fatigara con las interminables misivas de los aludidos señores, resistió constantemente á los ruegos que le dirigían, ganosos de convertirse en únicos representantes suyos en Escocia. Muy al contrario, confió buena parte de sus negocios á otra casa cuyo jefe era de carácter totalmente distinto.

Hombre que tenía formada de sí mismo opinión rayana de la suficiencia, no apreciaba á los ingleses más de lo que mi padre estimaba á los escoceses, sin querer entrar en relaciones con éstos más que sobre un pié de perfecta igualdad. Desconfiado, por otra parte, quisquilloso á ratos, formalista no menos tenaz que Owen, era insensible por completo á cuanto el comercio pudiera alegar en contra de sus opiniones.

No era fácil, pues, el entenderse con el señor Nicolás Jarvie, y sus manías ocasionaban, de vez en cuando, entre Londres y Glasgow, ciertas discusiones y cierto enfriamiento que terminaban sólo por exigencia del mútuo interés. Más de una vez el amor propio de Owen había sufrido con tamañas disidencias, por lo que no era de extrañar que, en todas ocasiones mi anciano amigo pusiera en la balanza el peso de su crédito á favor de los Mac-Vittie y Mac-Fin, personas cuidadosas, discretas y corrientes, y que representara á Jarvie como impertinente y presuntuoso buhonero escocés, con el que no era posible entenderse.

Ni era maravilla que el propio Owen, en medio de las dificultades en que se había hallado la casa, con motivo de la ausencia de mi padre y de la desaparición de Rashleigh, hubiese recorrido á la amistad de corresponsales tan pródigos en protestas de reconocimiento y de solicitud. Llegado á Glasgow dos días antes que yo, fué recibido por los señores Mac-Vittie y Mac-Fin como lo sería un Dios entre sus adoradores. Aquello fué rayo de sol antes de la tempestad. Animado por tan calorosa acogida, expuso sin rodeos la situación difícil de mi padre, reclamando consejos y auxilio. La nueva obró sobre Mac-Vittie como un rayo que cayera á sus piés, y, en cuanto á Mac-Fin, ya antes de conocer los detalles, púsose á hojear el libro mayor y sumergiöse, por completo, en minucioso examen de las cuentas respectivas de ambas casas, á fin de averiguar de qué lado se inclinaba la balanza. ¡Ay! inclinábase en favor suyo por una considerable suma.

Ante tal descubrimiento, las figuras de los dos escoceses, hasta entonces frías é indecisas, tomaron un aspecto sombrío, amenazador y de mal augurio. Al ruego de Owen de que cubrieran con su crédito el de mi padre, contestaron con la demanda perentoria de ponerse inmediatamente á cubierto de todo riesgo de pérdida, y, para hacerse comprender mejor, exigieron depósito en propias manos de valores destinados á otros usos. Indignado Owen, rechazó semejante pretensión como injuriosa para sus principales, inícuca para el resto de los acreedores y plagada de la más negra ingratitud.

En el curso de la discusión, los socios aprovecharon, mediante un proceder cómodo para quienes sufren su engaño, la ocasión de mostrarse muy enojados y de valerse de una supuesta provocación para atenerse á un partido que hubiera debido impedirles utilizar el pudor, en defecto de conciencia.

Owen, en su calidad de principal dependiente, tenía, según general costumbre, colocado un pequeño capital en la casa de banca y, por consiguiente, era solidariamente responsable de todos los compromisos de ésta. No lo ignoraban Mac-Vittie y Mac-Fin, y, con el objeto de hacer sentir su poder á aquél,